



Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

IDH | Instituto del Desarrollo Humano - Área Política

Documento

18

**Mercados al borde
de un ataque de nervios**

Mariana Luzzi

Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

Documento
18

Mercados al borde de un ataque de nervios

Mariana Luzzi

Mercados al borde de un ataque de nervios.....	3
El mercado es una plaza	3
Un juego global.....	4
Paradojas de la personificación	4
Nombrar al poder.....	4
El gran desafío	5
Aliados sociales.....	5

Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

Documento

18

Mercados al borde de un ataque de nervios

Mariana Luzzi¹

Hay nervios en los mercados. Es necesario llevarles calma.

Los mercados tiemblan, se hunden, se desploman. Y también apuestan: reaccionan con cautela o con dureza. Se pronuncian. Apoyan o rechazan. Muestran euforia o preocupación.

Desde que se conoció el resultado de las PASO, el foco de la política argentina parece estar orientado hacia un personaje que paradójicamente no compitió en las elecciones. Un protagonista que sin ser humano aparece en el discurso de la prensa, los funcionarios y otros dirigentes con todas las cualidades de una persona: tiene voluntad, capacidad de acción, opinión y emociones. A veces es uno; en general son muchos. Pero parecen actuar como uno: su voz se escucha como un coro perfectamente afinado.

¿Qué hay detrás de esas entidades que nos acostumbramos a llamar *los mercados*, pero que están lejos de lo que el habla cotidiana designa con ese nombre?

El mercado es una plaza

Como en la acepción más antigua del término, el o los mercados son en primer lugar espacios (*plazas*) en los que se negocian productos, lugares de encuentro entre quienes intercambian. Poco importa si ese encuentro es físico o virtual, o si los bienes negociados son tangibles o no. Tanto en un mercado de valores financieros donde las transacciones son electrónicas como -por ejemplo- en el mercado inmobiliario donde casas, campos y departamentos cambian de manos, quienes venden y compran son los *actores de la plaza*. Y un día negro es aquel en el que muchos actores (o algunos muy importantes) pierden mucho dinero.

Cuando eso sucede en el mercado financiero -al igual que cuando la suba es llamativa- por lo general se vuelve noticia y la prensa va al encuentro de *voceros* capaces de hablar de lo sucedido, de interpretar esos resultados. Paradigmáticamente estos son de dos tipos: los *operadores del mercado* y los *expertos* que, en contacto con ellos, hacen sus propios balances.

Así funcionó durante décadas. La actividad financiera siempre resultó bastante opaca para cualquiera que no perteneciera al sector. Los movimientos de las jornadas se presentan habitualmente como cifras, cotizaciones que son los resultados al cierre de todo lo comprado y vendido a lo largo de un día. Vale para las acciones y bonos que cotizan en la Bolsa; vale también para el dólar. Y no cualquiera puede interpretar esos números. De ahí la proliferación de especialistas dispuestos a traducirlos en palabras comprensibles por un público amplio. Durante muchos años, una parte importante de su tarea consistió en develar quiénes

¹ Investigadora-docente del área de Sociología del Instituto de Ciencias (UNGS). Investigadora Adjunta CONICET. Publicó recientemente con Ariel Wilkis *El dólar. Historia de una moneda argentina* (Paidós, 2019).

estaban detrás de los movimientos bursátiles o cambiarios: qué grandes actores socioeconómicos (exportadores, importadores, bancos, el propio Estado) compraron, vendieron o se mantuvieron ajenos a la operatoria, provocando como resultado la suba o la baja de los valores.

Un juego global

En las últimas décadas del siglo XX esa historia cambió. No sólo porque lo que en algún momento había funcionado de modo parecido a una plaza de mercado, con agentes reunidos en el mismo recinto -o bien unidos por las líneas de muchos conmutadores telefónicos- gritando sus ofertas a viva voz, pasó a realizarse en tiempo real mediante sistemas informáticos. También porque el mundo financiero creció, se diversificó y complejizó a nivel mundial. En virtud de esas transformaciones, resulta ya muy difícil hablar de la actividad financiera exclusivamente dentro del marco nacional. El juego de las finanzas es la conexión de muchos tableros, dispersos a lo largo del mundo. Jugadores nacionales e internacionales participan de él, en el marco de una actividad que a nivel local se beneficia de políticas de desregulación y apertura: la afluencia de los capitales extranjeros es favorecida por esas nuevas condiciones; su rápido retiro también. Y sobre todo: el peso que la actividad financiera adquiere en la economía, a nivel global, resulta inédito. No hay Estado -sobre todo en países periféricos, como la Argentina- capaz de igualar el poderío económico del sector financiero.

En treinta años, el paisaje del mundo de las finanzas cambió. También lo hizo su articulación con las dinámicas políticas, globales y locales. En ese proceso, el mercado dejó de ser un lugar, arena de los poderosos, para convertirse en un actor en sí mismo.

Paradojas de la personificación

Esa trasmutación del mercado esconde una paradoja: al mismo tiempo que el mercado se personifica, se despersonalizan sus jugadores. Detrás de las acciones, reacciones y emociones que se atribuyen a los mercados se invisibilizan las múltiples decisiones, negociaciones y valoraciones de actores económicos que, con distinto peso, juegan el juego de las finanzas: fondos de inversión, bancos nacionales y extranjeros, públicos y privados, grandes empresas, Estados.

Muchas veces se piensa en esta operación del lenguaje como una acción premeditada. Según esta interpretación, quienes llaman mercados a los inversores financieros buscan correr un velo sobre sus identidades y sus acciones, contribuyendo así a desresponsabilizarlos de las consecuencias económicas y políticas de sus decisiones. Esta crítica viene usualmente de la mano de una denuncia: es preciso desenmascarar a quienes, por ejemplo, contribuyen con sus compras a la depreciación de la moneda nacional. Los mercados, se dice entonces, tienen nombre y apellido.

Pero lo cierto es que si a veces ciertos *big names* son fácilmente reconocibles en algunas turbulencias financieras -sobre todo por las ganancias extraordinarias que quedan rápidamente a la vista- lo propio del mundo financiero y su complejidad es que, precisamente, sea muy difícil hablar de nombres y apellidos, no por ocultamiento conspirativo (que de todos modos puede existir) sino por la propia lógica de una inversión financiera que combina dispersión e institucionalización en partes iguales (muchos clientes anónimos, a menudo dispersos territorialmente, agrupados por inversores institucionales).

Nombrar al poder

En otras palabras, no sólo por pereza periodística o por oscuros intereses hablamos de *los mercados* como si fueran actores dotados de fuerza y voluntad. Lo hacemos por la enorme dificultad que reviste ponerle un nombre hoy al poder económico.

Max Weber, padre fundador de la sociología y gran teórico del poder, subrayaba que el poder de los mercados se presenta siempre como un poder impersonal que, a diferencia del político, no está asociado a la intención imperativa de un sujeto sino que actúa de forma indirecta, creando condiciones que restringen las posibilidades de decisión y la libertad de acción de otros. Y ese poder indirecto actúa más eficazmente cuanto menos se lo asocia a un conjunto de agentes a los que podría exigírseles que rindan cuentas de sus acciones.

Este rasgo, que es definitorio de toda forma de poder económico, se vuelve más acuciante en las últimas décadas, a medida que la globalización avanza. En efecto, si la dificultad para asociar el poder económico a las acciones de un actor o un conjunto de actores individualizables es permanente, ella se ve redoblada cuando aquel comienza a desbordar crecientemente los límites nacionales, lo cual constituye el segundo elemento a considerar. Hablar de “los mercados” puede ser entonces un recurso para nombrar ese poder que se ha vuelto más elusivo, imposible de pensar como exclusivamente encarnado en los actores corporativos que durante décadas habían dominado la escena nacional (por caso, los exportadores de granos o la gran industria dependiente de las importaciones). Y las dificultades para definir los contornos de esa nueva forma del poder se manifiestan en la forma en que el periodismo (y muchas veces también la academia) habla de ella: más que actuar, los mercados expresan actitudes (de duda, de confianza, de cautela), estados de ánimo (nerviosismo, calma, euforia) que el analista, el funcionario y la ciudadanía toda deben ser capaces de interpretar.

El gran desafío

En marzo de 2001, cuando la convertibilidad agonizaba y el gobierno de Fernando de la Rúa buscaba en Domingo Cavallo un último salvavidas, el politólogo argentino Guillermo O'Donnell publicó un artículo en el que reflexionaba, al calor de la coyuntura, sobre el rol del capital financiero en la crisis argentina². El texto contenía un diagnóstico y una propuesta. Dieciocho años más tarde, la segunda puede resultar anacrónica. Sobre todo en la medida en que es posible pensar (sin que necesariamente el autor acordara con ello) que parte de lo que O'Donnell reclamaba como salida de aquella crisis fue en los hechos encarnado por el kirchnerismo algún tiempo después de publicada aquella nota. Vale la pena, en cambio, retomar su diagnóstico. En aquellos tiempos de fuga de depósitos y riesgo país por las nubes, el entonces profesor en la Universidad de Notre Dame afirmaba que, aunque tenía ideólogos y promotores de enorme visibilidad e influencia local, el tipo de capital financiero imperante en la Argentina no podía nunca tener aliados sociales. Absolutamente desconectado del aparato productivo local, su lógica, centrada en la especulación con títulos de la deuda pública, lo llevaba a devorar irremediablemente a la sociedad y el Estado argentinos.

Desde que el 11 de agosto el Frente de Todos sorprendió con una victoria abrumadora sobre la coalición gobernante, el fantasma de una crisis recorre la Argentina. No es el de 2001, sino el de 1989, cuando en medio de la hiperinflación Raúl Alfonsín debió abandonar de manera anticipada la presidencia de la Nación. Apenas 12 horas después de conocidos los resultados, la apertura de los mercados reservaba a los argentinos noticias funestas: una escalada record del dólar (que pasó en un día de los 47 a los 58 pesos) y el mayor desplome de la Bolsa en diez años. Los mercados, que según algunos operadores periodísticos el viernes ya “habían votado a favor del gobierno”, sorprendían con un “lunes negro” muy lejos del apoyo que el oficialismo esperaba.

Mayor aún fue la sorpresa generada por el Presidente, quien en una conferencia de prensa al día siguiente de la elección atribuyó al triunfo de la oposición la fuerte devaluación del peso con la que terminó la jornada. “Esto es solo una muestra de lo que puede pasar”, sostuvo Macri en declaraciones que rápidamente fueron repudiadas como una amenaza al electorado que lo había castigado con lo que él mismo había calificado como un “voto bronca”. Mientras tanto, voces afines a la oposición denunciaban un “terrorismo financiero” que, como en 1989, apelaba al pánico para disciplinar a la ciudadanía.

² <https://www.pagina12.com.ar/2001/01-03/01-03-21/pag17.htm>

Aliados sociales

La hipótesis de O'Donnell, centrada en el problema de la construcción de hegemonía, sostenía que para ese capital financiero que desde la dictadura había ido ganando espacio en la Argentina, había un desafío que resultaba insalvable. El interés particular que detentaba no podía convertirse de ninguna manera en el interés general de nuestra sociedad. Más aún, cuanto más se desplegaba su voraz especulación, más se acentuaba su pérdida de apoyos sociales.

Resulta muy difícil pensar el 2019 en directa continuidad con ese escenario de comienzos de 2001 que motivaba la reflexión del autor de *El Estado Burocrático-autoritario*. Si algo se trastocó en las décadas que siguieron, empezando con el default de fines de aquel año, fue la relación de la Argentina con el sistema financiero internacional. Sin embargo, aquella hipótesis de 2001 brinda una clave interesante para comprender los cuatro años de gobierno de Cambiemos. Si la consolidación del PRO en el escenario político argentino señalaba una novedad, esta era en primer lugar -como ha señalado Gabriel Vommaro- la del triunfo de una fuerza política de masas con una clara orientación pro-mercado. La llegada al gobierno, por medio de elecciones y derrotando a un gobierno peronista, de una alternativa política que ponía abiertamente en discusión la intervención del Estado en la economía, que pregonaba la vuelta a la apertura y desregulación de los mercados y que rechazaba de plano la retórica de la ampliación de derechos instaurada en la década previa. En ese diagnóstico, la “vuelta al mundo” de la Argentina ocupaba un lugar central: el gobierno ponía a la cabeza de sus prioridades diseñar una política económica que diera señales de confianza a los inversores internacionales. La esperada (y nunca producida) “lluvia de inversiones” era el modo en que el mundo debía premiar ese esfuerzo político. Hay en esa vocación del gobierno de Cambiemos una clara definición política, que fue profundizándose -de manera catastrófica- en el tiempo, hasta alcanzar su punto más álgido con el desembarco de Luis Caputo en el Banco Central en 2018.

Cambiemos ha sido tal vez el intento más acabado por construir un orden político en el que el sector financiero pudiera al fin encontrar esos aliados sociales que en el final de la convertibilidad parecían imposibles. A la luz de lo ocurrido desde inicios de 2018, cuando los inversores extranjeros comenzaron a abandonar a paso firme el barco construido con los intereses astronómicos de las LEBAC, y mucho más desde la corrida de esta semana, ese intento fue un rotundo fracaso. En el camino, una vez más, los quebrantos quedan del lado del Estado y de la sociedad toda. Como en 1989. Como en 2001.

El horizonte de la política, sin embargo, se presenta muy diferente del que se avizoraba en esos años trágicos. Los mercados son los mismos. El escenario político no. No está mal para empezar.